

da con el hombre á quien amaba, se creía sola en el mundo.

## IX

Al día siguiente por la tarde, Alicia entró en el salón, llevando en los brazos un cofrecito de hechura remota, y, al parecer, muy pesado.

—¿Qué es eso? preguntó el duque.

—Son dijo, ella, algunos papeles antiguos que mi pobre abuelito quería arreglar, sin hallarse jamás con fuerzas para ello: algunas veces te dije que si quería que lo hiciera yo; pero, como debe ser cosa muy pesada, me respondía:

—Esto no es cosa á propósito para tí, hija mía.

—¿Y ahora vas á ocuparte de ella?

—Sí: deben ser documentos de familia, escrituras de compras y ventas.... ¡qué sé yo! pero basta que mi abuelo desease aclarar esto, para que yo lo haga.

—Yo me encargo de ese trabajo, dijo vivamente el duque: déjalo aquí en esta mesa.

—Tú! repitió Alicia asombrada.

—¡Yo! ¡sí! yo lo entenderé mejor, y así haré algo; y á fe mía que lo deseo, porque la continua ociosidad ha llegado á fatigarme.

—¿Pues has trabajado alguna vez?

—No, lo confieso: el bullicio de las fiestas, los convites, los bailes, *mataban* mi tiempo: ahora el tiempo me mata á mí.

—¿Quieres volver á la sociedad que has dejado? preguntó timidamente Alicia: si la echas de menos, vuelve á ella sin temor, que yo me quedaré aquí.

—¿Vendrias tú conmigo? preguntó el duque, en cuyos ojos brilló la alegría.

—No, respondió la jóven: el año de luto lo pasaré en este palacio, que no abandonaré hasta dejar en claro todos los asuntos, y saber que nuestros colonos nada

necesitan: mi abuelo, por su edad, tenía algo olvidada la dicha de estas pobres gentes: á mí me toca cuidar ahora de ella.

El duque no contestó: sentóse delante de la mesa, donde su esposa había colocado el cofrecillo, y se puso á examinar lo que contenía.

Alicia fué á buscar su labor y se puso á trabajar.

Dos horas hubo de completo silencio: cuando la campana llamó para el almuerzo, alzó el duque la cabeza, y dijo admirado:

—¿Ya?

—¿No estás cansado? preguntó la duquesa.

—No respondió él, se me ha pasado el tiempo en un instante.

—Pues hace dos horas que estás leyendo y registrando.

—Y aquí hay para días, dijo el duque: son infinitas las anotaciones que hay que tomar; los papeles se hallan en el mas completo desorden: el árbol genealógico está destrozado.

—Lo mandaremos hacer otra vez, observó Alicia: tú conocerás en Madrid algun buen calígrafo.

—Yo mismo lo haré.

—¿Sabes pintar tambien?

—Medianamente.

—¡Oiga! ¿Y me lo habías ocultado?

—Tú solo tienes idea de lo malo que hay en mí, repuso el duque: ya llegará día en que conozcas lo bueno.

Alicia no respondió: fueron al comedor, y Raimundo almorzó de prisa con el objeto de volver á seguir arreglando papeles.

—¿Por qué ese afán? le preguntó su esposa: tienes aún diez meses de tiempo, si es que te resignas á acompañar mi soledad.

—Nunca hubiera creído que la ocupacion proporcionase tanto placer, y tanto tedio la ociosidad, dijo el du-



que. ¿Por qué se le llama venturoso al que nace rico? ¡Ah! venturoso, cuando trae por herencia el cáncer del siglo!

—Mi infausta curiosidad me hizo saber, el día mismo de nuestro casamiento, que llamas así á la ociosidad, dijo Alicia; pero no hay nadie en el mundo que no pueda curarse de ese cáncer.

—¿Cómo?....

—Mi abuelo decía que desde el rey hasta el mas humilde de sus súbditos, todos los hombres tienen deberes que llenar, y la obligacion sagrada del trabajo: sin duda, pues, que no hay uno que no pueda trabajar, porque mi abuelo no mentía nunca: los que, como nosotros, tienen gentes que dependen de ellos, deben mirar por la dicha de los pobres: los que, como tú tienen talento para la pintura, deben cultivarle: para eso se lo da Dios. ¡El trabajo! ¿donde hay nada comparable á las dichas que proporciona? ¿dónde hay nada como él para llenar el vacío del alma?

El duque nada respondió: arregló aún algunos papeles con aire distraído, y luego, encerrándolos en el antiguo cofrecillo, dijo levantándose:

—Hasta luego: voy á mi cuarto: tengo que escribir al coronel.

Y salió.

—¡Dios santo! pensó Alicia: de nada ha servido todo lo que he hecho para ocuparle, para distraerle! ya le ha cansado esa ocupacion, y quién sabe si acabará diciéndome que esta vida le es insoportable, y que se va á Madrid... ó quizá á París!

Hé aquí, entretanto que Alicia se entregaba á sus meditaciones, lo que escribía su marido al coronel:

«Yo estoy loco, amigo mio: jamas he visto una criatura que reuna las perfecciones que mi mujer: la menor para mí, es su belleza; lo que admiro es su dignidad unida á su perfecta é inalterable dulzura: su caridad, su fe cristiana, su valor para soportar todas las continuas inco-

modidades de la vida: su gracia, su eterna é incomparable compostura: pero ¡ay! Alicia me amaba, y temo que haya dejado de amarme, porque á la par que ella ha conocido que yo valia muy poco, por la fatal coincidencia que la llevó al pabellon el día de nuestra llegada, ya he conocido el tesoro que me deparaba el cielo.

«¡Aconséjame, Miguel! qué debo hacer. ¿De qué modo me haré digno de Alicia? ¿Qué haré para que consienta en mirarme como á su marido, para que me ame en vez de tratarme con la glacial amistad que ahora me concede?

«Me creía con mucho mundo, y ahora, delante de esta sencilla é inocente criatura, criada en la soledad del campo, veo que soy un niño. ¿Qué es, pues, lo que aprendemos en esos salones, en los cuales paseamos nuestra ociosidad y nuestro fastidio, en los que nos creemos idolatrados de todas las mujeres? ¿Qué hacemos? Consumir nuestra vida en inútiles y costosos galanteos, y nuestras fortunas en desórdenes que dejan el corazón vacío.

«¡Miguel, te lo confieso! acaso por la primera vez de mi vida, estoy enamorado seriamente.... y de mi mujer: en cuanto á ella, me mira con una indiferencia que me desespera: creo que el amor que me tuvo murió cuando me oyó en el pabellon descubrirte el fondo de mi alma y que jamas podrá volver á amarme.»

El coronel se rió de esta carta, y contestó á su amigo que iba á pasar quince días en su compañía y en la de la duquesa.

Esperando su llegada, Raimundo trató de entretener su tiempo del mejor modo posible: continuaba en las primeras horas de la mañana el arreglo de los papeles de familia, ordenándolos, colocándolos en legajos y tomando anotaciones: despues del almuerzo, se ocupaba en el árbol genealógico de la familia de Santa Clara, trabajo de pintura delicadísimo, y que llevaba á cabo con una paciencia infinita.



Estos trabajos tenían lugar en la biblioteca, donde solía reunirse Alicia, que iba allí con su bordado ó costura.

Con la presencia de su mujer, se veía el duque feliz: de cuando en cuando alzaba la cabeza para mirarla, y la veía trabajando tranquilamente al lado de la ventana abierta, que dejaba ver la campiña engalanada con su traje de primavera.

Ella le miraba también á hurtadillas, y al verle tan agradablemente ocupado, y observar que había huído de él el hastío excesivo que antes devoraba su salud, alzaba los ojos al hermoso cielo que se descubría, y exclamaba desde el fondo de su alma con los ojos humedecidos de gratitud:

—¡Gracias, Dios mio!

El coronel llegó, y la alegría de Raimundo fué inmensa: le contó todas sus penas, y el ansia con que esperaba ser mirado por su mujer como un esposo digno de ella.

—No dudes que lo conseguirás tan pronto como la convanzas de que puedes amarla, de que puedes ser esposo fiel y hombre religioso y grave: no olvides que ella solo así ha conocido al hombre, y que su abuelo y su padre eran modelos de hidalguía y de nobleza, no menos que de galantería. No es Alicia de esas mujeres que se prendan mas del hombre mas depravado: educada tierna y cristianamente, en una familia que ha fundado siempre su mayor gloria en la virtud, todo lo que es falso, vil y vicioso, le causa horror: su alma pura y digna, verá siempre en la virtud lo mas hermoso de la tierra, sin que por eso haga alarde de una intolerancia austera: sus ideas son las que debe tener toda mujer verdadera y sinceramente buena, y la tuya sabrá ser á la vez el mejor ornato de los salones del gran mundo, la esposa mas ejemplar y la madre mas tierna.

—Yo dudo, dijo el duque, que esta niña sencilla sirva para hacer en el gran mundo los honores de la casa: du-

do que tenga esa elegancia de maneras, ese tacto, ese aplomo necesarios en la alta sociedad: pero ¿qué importa? pienso huir del gran mundo, porque me he convencido de que solo en el hogar doméstico es donde se halla la verdadera felicidad.

—Mi pobre amigo, repuso Miguel, diríase que tu destino es caer siempre en las exageraciones: antes te has entregado al mundo en cuerpo y alma: ahora quieres huir de él por completo: esto no es justo ni prudente, teniendo una esposa joven, linda, bien educada, y á la que está en tu mano dar ese barniz elegante y distinguido que temes le falte, no, amigo mio: no es la perpétua soledad, no es el aislamiento absoluto lo que conviene al amor: la casa parece mas agradable, cuando se disfruta alguna vez del bullicio de las fiestas: el sosiego es mas grato despues de la agitacion. Alicia sabrá, estoy seguro de ello, ser tan amable en un baile como en el interior de su casa: tiene lo que falta á todas las mujeres que caen: sólidos principios religiosos y una moral pura y grave, de la que un constante ejemplo ha hecho en ella una segunda naturaleza: la mujer que es buena cristiana, no cae jamas; ni se apodera nunca del hombre, que ha recibido una educación religiosa, ese hastío profundo y fatal, que habia llegado á hacer de tu vida un doloroso sueño, sin alegría en el presente, sin esperanza en el porvenir: creeme, debes presentar á tu esposa en el mundo, y lo antes posible, para que te convanzas de lo que vale: para ensayarlo, debes asistir ya á la fiesta que, segun me ha dicho tu mayordomo, va á dar en su quinta el marques de X....

—Por mí, no hay inconveniente, respondió Raimundo, cuyo carácter, antes violento y dominante, parecia haberse ablandado ahora cual la cera virgen, bajo el mágico poder del amor.

—Está bien, dijo Miguel, irémos á esa fiesta, que promete estar muy concurrida, y allí te convencerás de lo que vale tu mujer.



El coronel fué desde la habitacion del duque á la de la duquesa, que se hallaba sola y triste.

—Amiga mia, le dijo, se va acercando la hora de la dicha.

Alicia sacudió la cabeza con tristeza y respondió:

—¿No espero esa hora bendita! ¡Ay, amigo mio! ¡si supiera vd. cuanto sufro para demostrar alegría cuando mi corazon está tan afligido! amo á mi esposo, y debo mirar este amor como una desgracia, y, como otro mal irreparable, el estar unida á él.

—Ni lo uno ni lo otro, contestó Miguel: Raimundo ha cambiado mucho.... ¡él la ama á vd.!

—¿A mí? ¿olvida vd. sus confianzas del pabellon?

—¿Y qué exclamó el coronel; ¿ninguna influencia concede vd. á una criatura buena, adorable, angelical y hermosa como vd. lo es? ¿Serian dotes inútiles la paciencia, la conformidad, la prudencia y la resignacion cristiana? ¿Serian virtudes ineficaces la caridad, la modestia, la piedad más candorosa y severa á la vez? No, amiga mia, Dios es justo y no puede dejar sin recompensa sus virtudes: los ruegos que ha dirigido vd. á su madre no han sido en vano: ella vela en el cielo por la felicidad de vd.: lea vd. esta carta.

Y Miguel dió á la duquesa la carta que Raimundo le habia escrito, y en la que le confesaba su amor hácia su esposa.

Alicia la leyó dos veces sin poder dar crédito á sus ojos: despues cayó de rodillas, elevó las manos y los ojos al cielo, y exclamó:

—¡Gracias, Dios mio! ¡gracias, madre mia!

—Creo, dijo el coronel, que este escrito destruye las confianzas que se me hicieron en el pabellon del jardin: hé aquí, amiga mia, el milagro que obran siempre la virtud y la dignidad de la mujer. Pero vamos á otra cosa: pasado mañana hay un baile en la quinta del marques de X.... procure vd. ponerse todo lo bonita posible, pues va vd. con su marido y conmigo.

—¿A un baile! ¡de luto! exclamó la jóven.

—Ya va á hacer seis meses que murió el duque, y ahora tiene vd. que poner tambien para alcanzar por completo su dicha: ya que la ha visto á vd. buena, dulce y modesta; que la vea ahora bella y elegante: ya que ha halagado vd. su corazon, es fuerza que halague su vanidad.

## X

Dos dias despues, y á eso de las nueve de la noche, entraba Alicia vestida de baile, en el salon donde la esperaban su esposo y el coronel.

Como ya iban á cumplirse los seis meses de la muerte de su abuelo, se habia aliviado el luto, y su traje se componia de crespon blanco y negro, y blondas de los dos colores: rosas blancas, perlas y brillantes formaban el tocado de la jóven, entrelazándose caprichosamente con hermosos rizos de sus cabellos castaños.

El duque pudo ver entonces una espalda hechicera y blanca, unos brazos de marfil hechos á torno, y, al entrar Alicia con rápido paso, un pieccecito de niña calzado de raso blanco.

La duquesa estaba encantadora: porque aquella duquesa de diez y siete años, fresca y risueña como una niña, en nada se parecia á las duquesas pintadas y llenas de rizos postizos que Raimundo habia visto en los salones franceses.

La alegría de saber que era amada de su marido: la de asistir al primer baile: la esperanza, la emocion, todo esto habia cubierto las blancas mejillas de la jóven de un sonrosado encantador.

Su aire, á la vez ingénuo y elegante, estaba lleno de gracia y distincion: entró sonriendo, y Martina tras ella con una capa de raso blanco, forrada y guarnecida de piel de armiño en el brazo.

—¿Qué tal? preguntó el coronel en voz baja al duque,



en tanto que el aya cubría con la capa á su jóven señora.

—Jamás la hubiera creído tan bella, tan elegante! contestó Raimundo en el mismo diapason.

—Pues repara en que muchos pueden ser de tu mismo parecer, y pide pronto la absolución.

Raimundo, al ver que su mujer esperaba, le ofreció el brazo y los tres bajaron para tomar el coche.

La quinta se hallaba desde el gran patio magníficamente decorada: alfombras, macetas llenas de flores, luces, todo esto se mezclaba en el ornato con una agradable confusión: una larga fila de coches se hallaba estacionada delante de la puerta principal.

El salón se hallaba asimismo iluminado con profusión, y le guarnecía armoniosamente una guirnalda de mujeres, la mayor parte jóvenes y engalanadas todas á porfía.

Pero excepto la marquesa, ama de la casa, todas las demás llevaban vestidos muy pasados de moda, y recargados de un modo ridículo, de adornos y de joyas.

Una mostraba, sobre un traje rosa, una túnica recogida con rosas amarillas; otra ostentaba en el peinado enormes plumas que se mecían como un penacho colosal: la mayor parte llevaban los trajes cortos y tenían los pies muy grandes, bien en contra de la exquisita elegancia que prescribe la larga cola y que procura ocultar la pequeñez del pié.

Así, pues, la jóven duquesa, con su sencillo y elegante traje, con sus magníficos diamantes, repartidos con sobriedad, con su fresca y pura belleza, cayó allí como una estrella, cuyo brillo deslumbró á toda la parte masculina de la reunion.

Raimundo oía estas frases por todos lados:

—¡Qué bella es la duquesita!

—¡Qué elegante!

—¡Qué aire tan noble!

—¡Qué distinguidas maneras!

—Hé allí al vizconde de Fuentes, que también se halla en la fiesta, dijo el coronel á su amigo: parece que no ha olvidado el día en que, yendo nosotros de caza con él, el duque nos dió hospitalidad: repara con qué insistencia tan significativa está mirando á tu mujer.

El duque palideció: en efecto, el vizconde devoraba á Alicia con una mirada llena de entusiasmo.

Habia motivo para ello: nadie hubiera podido sospechar en la cándida niña que vivía al lado de su abuelo, ruborizándose hasta de saludar; á la bella, á la encantadora jóven de tan graciosas y distinguidas maneras, y de un aire tan elegante.

Aprovechó el vizconde un momento en que la marquesa se habia separado de Alicia y se acercó á ella para saludarla.

Hablaron algunos instantes, y al tocar la orquesta un vals, el duque les vió bailar en medio de la turba que llenaba el salón. Alicia sabia bailar; y de qué modo! una sílfide no pudiera moverse en las nubes impalpables del espacio, con una gracia mas casta y mas completa.

Fatigada á la segunda vuelta, ya del baile, ó bien de las palabras que su pareja le decía en voz baja al oído, Alicia se detuvo sin afectacion y dijo que se hallaba cansada.

Entonces el vizconde fué á saludar al duque, que le midió con una mirada de odio y de celos, pues ya no podia dudar del sentimiento de amor que le inspiraba su mujer.

—Muy callado has tenido tu casamiento, le dijo el vizconde con ironía: no lo sabia hasta que me lo han dicho aquí.

—No he dado parte á nadie, respondió Raimundo con frialdad.

—Sin embargo, aquí veo á Miguel.

—Con Miguel me unen los vinculos de una amistad muy estrecha.

—Así parecía me la profesabas á mí.



—Te equivocas. —Es tarde y me parece que la duquesa está algo fatigada, dijo el coronel interviniedo en la conversacion que ya iba tomando cierto aspecto peligroso.

—Vamos, respondió el duque. Y volviendo la espalda al vizconde, fué á ofrecer el brazo á su esposa y á despedirse de la marquesa, que, de pié á la puerta del salón con su marido, iba saludando á los que se retiraban.

Subieron al carruaje en silencio los dos esposos y el amigo, silencio que no se rompió hasta llegar á las tapias del cementerio.

Ya allí, el coronel mandó parar al cochero, y como si el guardian de la mansion de los muertos hubiera estado prevenido, la puerta se abrió de par en par.

—Entremos á rezar, dijo Miguel: quiero elevar al cielo una oracion por el alma del noble anciano á quien apenas conocí, pero cuyo recuerdo veneraba tanto.

Atravesaron los tres una de las calles de árboles, y el coronel y Alicia se arrodillaron ante el panteon de los duques de Santa Clara.

Raimundo, en vez de permanecer en pié como la vez primera, dobló tambien la rodilla, y una oracion brotó de sus labios.

¡Amaba! y el amor ahuyentaba todas las sombras del excepticismo.

De repente, y en medio del silencio de la noche y del lugar, se elevó la voz de Miguel sonora y grave.

—¡Oh noble duque de Santa Clara! exclamó: ¡oh, tú, su buena y santa esposa! ¡oh tiernos padres de Alicia! bendecid desde el cielo, adonde vuestras virtudes os han conducido sin duda, la union de estas dos almas que vivian alejadas, y que el amor reúne! Vosotros veriais desde esos lugares de gloria, quizá con profundo dolor—si es que el dolor cabe al lado del Supremo bien—que las bodas de vuestra hija eran solo una fórmula hasta hoy, y que Alicia vivia triste y sola; pero en adelante la vereis esposa

feliz y respetada, porque será esposa ejemplar, porque su virtud le ha conquistado el amor del que lleva ante los altares el título de esposo suyo! Alicia ha amado siempre á Raimundo! ¡el ha sido su primer amor y será el último! ¡Raimundo ha llegado á amar á Alicia con la fé ciega y llena de ternura del amor primero! Nobles sombras, bendecid desde el cielo esta tierna é indisoluble union!

Miguel, dichas estas palabras, tomó las manos de los jóvenes esposos y las unió á las suyas: aquellas manos se estrecharon tiernamente: despues Alicia abrió los brazos á su marido, que la estrechó contra su corazon.

—¡Esta es la union verdadera y sancionada por la paternal sonrisa de Dios! dijo el noble amigo: en tanto que los corazones no laten acordes, el lazo es un dogal.

—¡Tú me has redimido! exclamó el duque volviendo á abrazar á su esposa: tus modestas virtudes han avergonzado á mi ruin ociosidad, á mi rutinaria ceguedad para todo lo que era bello y bueno: la niña inocente sabia mas que el hombre de mundo, porque estaba guiada por la caridad y la religion: ¿como te pagaré yo, mi Alicia, el que me hayas enseñado el camino del trabajo, de la resignacion y de la felicidad?

—Llevándola á Madrid mañana, respondió el coronel: siguiendo el ejemplo que te dará constantemente de moderacion y de paciencia, y huyendo con horror, como ella, de la ociosidad, ese fatal cáncer del siglo que tantos desórdenes trae consigo y que ahoga todos los buenos instintos.

FIN DEL CÁNCER DEL SIGLO Y DE LA COLECCION.



